

La última cucharada (cuento)

Paula Nikole Espinosa Posso

Segundo Premio

Memorias del Concurso «Por una Cultura libre de violencia»

Una vez recé por un hijo imaginario. Pedía por un niño prestado, que fuera sano, fuerte y hermoso como su padre; y que no estuviera loco como su madre. Que al crecer no se convirtiera en un ser insulso, como yo, que no puede siquiera engullir un triste plato de sopa.

Tomo la cuchara y mientras recuerdo mis ruegos por ese hijo que nunca fue concebido siento el aroma intenso de la crema de tomates, pero no logro comerla. El bullicio del restaurante, la algarabía de las familias, y los aromas de los platillos que van y vienen no me ayudan. ¿Hace cuánto comí algo sin tener que obligarme a hacerlo?

Suelto la cuchara y sigo buscando en mis recuerdos el origen del problema. Lo que sucede repentinamente en el restaurante me ayuda. Disparos al aire. Gritos y llanto. Hombres cubriendo a sus hijos. Mujeres escondidas bajo las mesas. Tres hombres con el rostro cubierto amenazan a todos mientras exigen dinero. Sus voces suenan igual a *él*.

Suenan a los días en que *él* perdía la paciencia y golpeaba las paredes gritándome que pronto encontraría una mujer que sí pudiera darle hijos. Una que no estuviera tan gorda y desaliñada; una más linda y divertida, menos tímida y más viva. Suenan a las veces que azotaba las puertas decepcionado porque yo había roto mi dieta o porque no me había arreglado lo suficiente para cenar con sus amigos.

Los tres hombres toman el control del restaurante. Mientras uno desvalija

la caja, los otros obligan a los comensales a tirarse al suelo para revisar sus bolsillos. Yo decido permanecer en mi lugar, dándoles la espalda. La sopa me observa, rogándome que la pruebe. Entonces recuerdo que no siempre había días malos. Después de los azotes en las puertas, él solía mostrarse arrepentido, sereno; volvía a convertirse en mi mejor amigo y pasábamos largas temporadas entregados al amor.

Yo me había comprometido fielmente a cumplir nuestro sueño de concebir. Todas las noches le pedía prestado a Dios un niño, sí, un varón que fuera igualito a su padre; para que así *él* nuevamente me quisiera. Y mientras buscaba a ese niño en mi vientre procuraba ser buena. No hablaba mucho para no molestarlo. Renuncié al trabajo para cuidar de nuestra casa. Me alejé de mis amigas y comía poco para estar esbelta y no dejar de gustarle.

El llanto de los niños asustados me recuerda a mi propio llanto, pero no el verdadero, sino el que sonaba en mi cabeza cuando algo dolía, porque por fuera no me permitía llorar. No puedo ver a la gente, pero intuyo que todos están en el suelo rezando por sus vidas. Por eso sé que el hombre que grita se dirige a mí. «¿Estás sorda, hijueputa, agáchate?» Lo desobedezco.

Debería tener miedo, pero prefiero pensar en la comida. En casa aprendí las consecuencias de no obedecer. Nada de lo que pase aquí podría ser peor. El hombre se enfurece más mientras yo continuo inmóvil observando mi sopa.

Un hombre ansioso por mi dinero no puede ser más importante que esta comida. Quiero comer, quiero alimentarme; aunque engorde, aunque después él me diga que ya no estoy tan «rica» como antes. El furibundo hombre se acerca mientras me clava mil insultos por la espalda. «¡Pedazo de estúpida! ¡Sorda de mierda! ¿Te quieres morir?»

El médico me dijo que si quiero ser madre tengo que alimentarme bien. También dijo que los dos deberíamos hacernos pruebas de fertilidad, pero solo me las haré yo. No quisiera otro castigo por haber hablado de más con el doctor.

No puedo ver nada más que esta sopa. Debe estar fría y asquerosa, pero la necesito porque tengo que ..., porque quiero tener un hijo. Escucho la respiración del hombre tras de mí y un murmullo indistinguible, pero lo ignoro. He decidido que voy a ser madre y que comeré este plato de sopa.

Tomo la cuchara, recojo el líquido y lo acerco a mi boca. Puedo sentir su arma sobre mi cabeza. Cierro los ojos mientras vierto el líquido en mi boca y el amargo tomate frío moja mis labios. Escucho el clic del gatillo.